

yos y sus sombras este pintor del aire? Se ha dicho que las contraposiciones de lo claro y de lo oscuro correspondian en él á los diferentes movimientos del pensamiento. En verdad, parece que lo que le sucedia á Schiller, de sentir dentro de sí antes de comenzar una obra, una armonía de sonidos indistintos, que era como un preludio de la inspiracion, le sucedia tambien á Rembrandt, quien, en el acto de concebir un cuadro, tenia una vision de rayos y sombras, que querian decirle algo antes que los animase con sus personajes. En efecto, en sus cuadros hay una vida, una accion, podemos decir, dramática, extraña á la de las figuras humanas. Haces de luz vivísima irrumpen en un ambiente tenebroso como gritos de alegría; las tinieblas huyen despavoridas, dejando acá y allá penumbras llenas de melancolía, reflejos trémulos que parecen lamentos, profundas oscuridades llenas de fúnebres amenazas; rastros de luz, centelleos, sombras ambíguas, transparencias que parecen dudas, preguntas, suspiros, palabras de un lenguaje sobrenatural, que se oye, como la música, y no se comprende, y queda en la memoria como el recuerdo de un sueño. En esta atmósfera colocó sus personajes, unos revestidos de fulgurante luz de teatral apoteosis, otros velados como fantasmas, otros asaeteados por un rayo de luz en la cara; vestidos de trages pomposos y miserables, pero todos con algo de extraño y fantástico;

sin contornos precisos, pero con un color potentísimo; con esculturales relieves y toques temerarios; y en todo la ardorosa expresion, la fúria de la inspiracion violenta, la marca soberbia, caprichosa, profunda, del génio sin rémoras y sin temores.

Por lo demás, cada cual quiere echar su cuarto á espadas; ¡pero quién sabe si Rembrandt, en caso de que pudiera leer todas las páginas que se han escrito para explicar el sentido oculto de su pintura, no soltaria la carcajada! Tal es la suerte de los hombres de génio: cada cual los arregla á su manera, para demostrar que los ha comprendido mejor que los demás; son como un hermoso tema dado por Dios, que los hombres desenvuelven de mil modos diversos; un telar en que la imaginacion pinta ó borda segun le parece.

Salí del Museo de El Haya sin satisfacer mi deseo de encontrar algun cuadro de Jerónimo Bosch, nacido en Bois-le-duc, en el siglo XV. Esta cabezota llena de diabluras, me habia hecho poner la carne de gallina en el Museo de Madrid, viendo por primera vez un cuadro suyo que representa un enorme ejército de esqueletos vivientes desparramados en un espacio inmenso, luchando con una multitud abigarrada, confusa, desesperada, de hombres y mujeres, á la que quieren arrastrar á un abismo, donde les espera la muerte. Solo de la imaginacion enferma de un hombre

agitado por el terror de la condenacion, podia salir tan monstruosa extravagancia, ante la cual, por más que está lejos el tiempo en que se tenia miedo á los fantasmas, se siente un confuso despertar de aquel miedo. Tales fueron los asuntos de todos sus cuadros: tormentos de condenados, espectros, abismos de fuego, dragones, pajarracos sobrenaturales, mónstruos horrendos, cocinas diabólicas, paisajes siniestros. Uno de estos cuadros espantosos se encontró en la celda donde murió Felipe II; otros se esparcieron por España y por Italia. ¿Quién era este pintor quimérico? ¿Cómo vivió? ¿Qué extraña manía lo atormentaba? No se sabe; pasó por la tierra velado en una nube, y desapareció como una vision del infierno.

En el piso bajo del palacio del Museo hay un "Gabinete Real de Curiosidades," que contiene, además de un gran número de objetos varios de la China, del Japon y de las Colonias holandesas, algunas reliquias históricas preciosísimas. Entre otras cosas, están allí: la espada de aquel Ruyter, que comenzó su vida haciendo cuerda en Flesinga, y fué despues el más grande almirante de Holanda; la coraza del almirante Tromp, perforada por las balas; una silla de la prision del venerando Barneveldt; una caja conteniendo cabellos de Van Spoyk, aquel que en 1831, en el Escalda, hizo volar su navío para salvar el honor

de la bandera holandesa. Tambien está el traje completo que llevaba Guillermo el Taciturno cuando fué asesinado en Delft: su camisa manchada de sangre, su colete de piel de búfalo traspasado por las balas, sus anchos calzones, su gran sombrero de fieltro; y en el mismo escaparate las balas y las pistolas del asesino, y el texto original de su sentencia de muerte.

Aquel traje modesto, casi pobre, que llevaba en el colmo de su poder y de su gloria el jefe de la República de los Países Bajos, es un hermoso testimonio de la sencillez patriarcal de las costumbres holandesas. Acaso no hay otro pueblo moderno que haya tenido, en el mismo grado de prosperidad, ménos vanidad y ménos fausto. Se cuenta que cuando el Conde de Leicester, enviado por la Reina Isabel, llegó á Holanda, y cuando fué Spínola para tratar la paz en nombre del Rey de España, su magnificencia casi rayó en escándalo. Dicen que los Embajadores españoles que fueron á El Haya en 1608 para estipular la famosa tregua, vieron que algunos diputados de los Estados de Holanda, pobremente vestidos, se sentaron en un prado y se pusieron á comer un poco de pan y queso que traían en una alforja. El gran pensionista Juan De Witt, el adversario de Luis XIV, tenia un solo criado. El almirante Ruyter vivia en Amsterdam, en una casuca, y barria su alcoba.

Otro objeto curiosísimo de este Museo es una

casa abierta por delante, como una alacena, que representa hasta con los detalles más minuciosos el interior de una casa rica de Amsterdam á principios del siglo XVIII. El Czar Pedro el Grande, durante su residencia en Amsterdam, habia dado á un rico habitante de aquella ciudad el encargo de mandar hacer aquella casita para llevarla á Rusia como un recuerdo de Holanda. El ciudadano, que se llamaba Brandt, hizo la casa, como buen holandés, despacio y bien. Los ebanistas más hábiles de Holanda construyeron los muebles, los más expertos plateros hicieron las cosas de plata, los tipógrafos más cuidadosos imprimieron libritos, los miniadores más delicados pintaron los cuadros, la ropa blanca se hizo en Flandes, y la tapicería en Utrecht. Al cabo de veinticinco años de trabajo las habitaciones estaban listas. La cámara nupcial tenia todo lo necesario para el próximo parto del ama; en el comedor habia un microscópico servicio de thé en un velador del tamaño de medio duro; la galería de cuadros, si se miraba bien con la lente, estaba completa; en la cocina habia con que hacer una comida de Lúculo para una familia liliputiense; habia biblioteca, un gabinete de curiosidades chinescas, jaulas de pájaros, libritos de oraciones, tapices, ropa blanca para toda la familia con encajes y bordados finísimos; no faltaba más que una pareja conyugal, una doncella y una cocinera un poco

más pequeños que una muñeca ordinaria. Pero habia una cosa: la casita costaba ciento veinte mil pesetas; el Czar, que como todo el mundo sabe, era un hombre económico, la rechazó, y Brandt, para avergonzar á la real avaricia, la regaló al Museo de El Haya.

Desde el primer dia habia encontrado por las calles de El Haya ciertas mujeres vestidas de una manera tan rara, que tuve que ir siguiendo á una para observar atentamente todas las particularidades de su traje. A primera vista me figuré que pertenecerian á alguna orden religiosa, que eran penitentes, peregrinas, ó que serian mujeres de algun pueblo nómada de paso por Holanda. Llevan un descomunal sombrero de paja, guarnecido de indiana floreada; una esclavina de fraile, de jerga, color de chocolate, guarnecida de tela roja; una saya tambien de jerga, corta, y con vuelo tal, que parece que está almidonada; medias negras y zuecos blancos. Por la mañana, se las ve ir al mercado con una cesta llena de pescado en la cabeza, ó con un carrito tirado por dos perrazos. Las más no van acompañadas, ó dos juntas, sin ningun hombre consigo. Caminan de una manera particular, á pasos largos, con cierta vacilacion, como la del que está muy acostumbrado á andar por arena; y tienen impreso en el rostro y en su aire algo de triste, que concuerda con la austeridad cenóbica de su vestido.

Un holandés á quien pregunté quiénes eran, me dijo por toda respuesta: «vaya á Scheveningen.»

Scheveningen es un pueblecito situado á dos millas de El Haya, y se vá á él por un camino recto, flanqueado en toda su longitud por algunas hileras de bellísimos olmos, que no dejan pasar un rayo de sol. Más allá de los olmos, á los dos lados de la carretera, hay palacios, pabellones, quintas semejantes á kioskos de jardín, y fachadas de mil formas caprichosas, con las acostumbradas inscripciones que invitan al reposo y al placer. Aquel camino, que es el paseo favorito del pueblo de El Haya los domingos por la tarde, los demás días está casi siempre solitario. No se encuentra más que alguna mujer de Scheveningen, algún carruaje, y las diligencias que van y vienen entre el pueblo y la ciudad. Al seguir adelante, parece que debe llegarse frente á un régio palacio, á un gran jardín, ó á un gran parque. Aquella espesa vejetacion, la sombra, el silencio, recuerdan el bosque de la Alhambra de Granada. No se piensa en Scheveningen, y se olvida que se está en Holanda.

Al llegar al fondo, hay un instantáneo cambio de escena que hace permanecer atónito: la vejetacion, la sombra, las imágenes de Granada, todo ha desaparecido; se está en medio de las dunas, entre la arena, en el desierto; se siente en la cara

el soplo de un viento salino, y se oye un gran ruido sordo y difuso; se sube á una altura y se ve el mar del Norte.

Para el que no ha visto más que el Mediterraneo, el espectáculo de aquel mar y de aquella playa despierta un sentimiento nuevo y profundo. La playa es toda de arena blanca y finísima como ceniza, sobre la que corre adelante y atrás, como un tapiz continuamente arrollado y desarrollado, el último limbo de las olas del mar. Esta playa arenosa se extiende hasta el pié de las primeras dunas, que son montecillos de arena erguidos, cortados, roídos y deformados por el continuo azote de las olas. Así es toda la costa holandesa desde las bocas del Mosa á Helder. No hay ni moluscos, ni estrellas de mar, ni conchas vivas, ni cangrejos, ni un césped, ni un tallo de yerba. No se ve más que arena y agua, esterilidad y soledad.

El mar no es ménos triste que la costa, y responde verdaderamente á la imagen que nos formamos del mar del Norte, leyendo los supersticiosos terrores de los antiguos que se lo figuraban agitado por vientos eternos y poblado de monstruos gigantescos. Junto á la orilla es amarillento, más allá verde pálido, y más lejos de un color azul apagado. El horizonte está por lo comun velado por la niebla, que con frecuencia llega á la playa y esconde todo el mar como una inmensa cortina, de-

jando ver tan solo las ondas que vienen á morir en la arena, y la sombra de alguna lancha pescadora poco distante. El cielo es casi siempre plomizo, recorrido por grandes nubes que echan sobre las aguas sombras movilísimas y densas; en algunos puntos, oscuro, de oscuridad casi nocturna, que hace brotar en la imaginacion recuerdos de tempestades y naufragios horrendos; en otros sitios iluminado por regueros serpenteantes de luz vivísima, que parecen rayos inmóviles ó albores de astros misteriosos. Las olas, siempre agitadas, corren á morder la orilla con ímpetu furioso y producen un ruido prolongado que parece el grito de amenaza y de dolor de una multitud infinita. El cielo, el mar y la tierra se miran con aspecto siniestro, como tres enemigos implacables, y al contemplar aquel espectáculo, parece inminente alguna convulsion de la Naturaleza.

El pueblo de Scheveningen está situado sobre las dunas, que lo defienden del mar, y lo ocultan de tal modo que al mirar desde la playa, no se ve más que el campanario de la iglesia, erguido como un obelisco en medio de la arena. El pueblo está dividido en dos partes. Una se compone de casitas elegantes de todas las formas y todos los colores holandeses, hechas para uso de los extranjeros, con el *se alquila* escrito en diferentes lenguas; la otra parte, en la que habita la poblacion indígena, es toda casuchas negras, callejuelas y rincos-

nes, donde nunca ponen los piés los extranjeros.

La poblacion de Scheveningen, que cuenta pocos miles de almas, se compone casi toda de pescadores, casi todos muy pobres. El pueblo es todavía una de las estaciones principales de la pesca del arenque, del celeberrimo pescado á que Holanda debe su riqueza y su poder; pero los productos de esta industria son para los armadores de los barcos de pesca, y los hombres de Scheveningen contratados como marineros, apenas ganan para vivir. En la playa, delante del pueblo, se ven siempre algunas lanchas panzudas, fuertes, de un palo solo; con una gran vela cuadrada, en fila, una junto á otra en la arena, como las galeras de los griegos en la playa de Troya, para que estén seguras de las rachas de viento. La flotilla de la pesca del arenque sale á principios de Junio, acompañada de una corbeta de vapor y se encamina hácia la costa de Escocia. Los primeros arenques pescados se mandan enseguida á Holanda, y se le llevan, en un carro adornado con banderas, al Rey, que dá en cambio del regalo quinientos florines. Las mismas embarcaciones pescan otros pescados, parte de los cuales se venden en la ribera y otra parte se les deja á los pescadores de Scheveningen, que los mandan por medio de sus mujeres al mercado de El Haya.

Scheveningen, como todos los demás pueblos de la costa, Katwijk, Wlardingén, Maassluis, es

un pueblo decaído de su antiguo estado floreciente á consecuencia del decaimiento de la pesca del arenque, ocasionado, como todos saben, por la concurrencia de Inglaterra y por las desastrosas guerras. Pero la miseria, en lugar de debilitar, dá vigor al carácter de aquel pequeño pueblo que, sin duda alguna, es el más original y el más poético de Holanda. Los habitantes de Scheveningen constituyen por su aspecto, por su índole y sus costumbres, casi una familia extranjera dentro de su propio país. Están á dos millas de una gran ciudad y conservan la marca de un pueblo primitivo que hubiera vivido siempre en la soledad. Tal como eran hace siglos, tal son hoy. Ninguno abandona su pueblo, nadie que no haya nacido allí penetra en él; no se casan más que entre ellos; hablan un lenguaje particular; todos se visten del mismo modo y de los mismos colores, como se vestían sus padres. En la época de la pesca no quedan en la población más que niños y mujeres: los hombres se van todos al mar. Al marchar llevan consigo la Biblia. A bordo no se emborrachan, no juran, no se rien. Cuando el mar tempestuoso levanta y precipita de espantosas alturas su pequeña embarcación, cierran todas las aberturas y esperan la muerte con resignación. En aquel instante sus mujeres, encerradas en sus casitas azotadas por la lluvia y por el viento, cantan los Salmos. Aquellas pequeñas viviendas que fueron testigos

la puerta, se ve un ministro protestante, de corbata blanca, que predica; y los aldeanos con las caras teñidas de oro, de verde ó de púrpura, por la luz de los vidrios de colores. Seguimos por una buena calle adoquinada; vemos antenas para los nidos de cigüeñas; estacas puestas por los aldeanos para que se rasquen las vacas; guarda-cantones pintados de color azul celeste; casitas con las tejas de diferentes colores formando letras y palabras; barquichuelos; puentecillos; kioskos de uso desconocido; ermitas con un gran gallo dorado en la punta del campanario; ni un alma siquiera cerca ni lejos. Seguimos anda que anda; el cielo se aclara un poco, luego vuelve á oscurecerse; la luz del sol ilumina aquí un canal, allí hace centellear el tejado de una casa, dora un lejano campanario, huye, vuelve, promete, dice, se desdice, hace mil diabluras, y en el horizonte se ven fajas oblicuas de lluvia. Comenzamos á encontrar alguna que otra aldeana con el cerquillo de oro en torno de la cabeza, el velo sobre el cerquillo, el sombrero sobre el velo, un ramo de flores en el sombrero y grandes cintas revoloteando; algun que otro carruaje de campesinos—estilo antiguo de Luis XV—con la caja adornada de espejitos y esculturas; aldeanos con trage negro y grandes zuecos blancos, y muchachos con medias de todos los colores del iris. Llegamos á otro pueblo limpio, lustroso, colorido, con sus calles adoquinadas y sus venta-

nas adornadas de cortinillas y flores; subimos á un carruaje, y adelante. Apenas montamos, comenzó á caer una lluvia helada que se nos metía en los huesos. Revueltos en los abrigos, ateridos, helados, llegamos á la orilla de un gran canal. Sale un hombre de una garita, embarca el carruaje en una balsa, y nos lleva sanos y salvos á la orilla opuesta. El carruaje baja por un ancho camino, nos encontramos en el fondo del antiguo mar de Harlem; el caballo corre por donde algún día nadaban los peces, el cochero fuma donde espiraban los náufragos de las batallas navales; vemos al pasar pueblos, canales, campos cultivados, un mundo nuevo del que no había señales hace treinta años. A la milla de camino, cesa la lluvia y comienza á nevar con una fúria nunca vista, una verdadera tempestad de nieve espesa y dura que el viento nos arroja casi horizontalmente á la cara. Desplegamos el encerado, abrimos los paraguas, nos tapamos, nos acurrucamos; pero el viento desbarata todas nuestras defensas y la nieve nos blanquea y nos hiela de piés á cabeza. Después de una larga vuelta, salimos del lago; cesa la nieve, llegamos á otro pueblo, dejamos el carruaje y emprendemos el camino á pié. Andando, andando, se ven puentes, molinos, casas cerradas, caminos solitarios, praderas inmensas y ni un alma. Pasamos por un brazo del Rhin, llegamos á otro pueblo todo cerrado y silencioso, segui-

mos adelante sin ver más que alguna que otra cara que nos contempla desde detrás de los vidrios de las ventanas; salimos del pueblo y nos encontramos cara á cara con las dunas. El cielo comienza á anublarse y yo comienzo á inquietarme. Pregunto á mi amigo á dónde vá, y mi amigo me responde:—«A la ventura.»—Nos internamos en las dunas, por callejones arenosos y serpenteados; no se ven indicios de habitacion por ninguna parte; se sube, se baja; el viento nos llena la cara de arena; los piés se hunden; el país se vá haciendo cada vez más árido, accidentado y siniestro. «Pero ¿quién es ese pariente?—pregunto á mi amigo—¿dónde vive? ¿qué hace? Aquí hay gato encerrado; no puede ser un hombre como otro cualquiera; diga á dónde me lleva.» El amigo no responde; se detiene y mira hacía adelante; miro yo también y veo á lo lejos algo como una casa sola en medio del desierto y casi oculta por un repliegue del terreno. Apretamos el paso, la casa desaparece y reaparece como una sombra. Se ven en torno suyo palos que parecen horcas, y mi amigo quiere hacerme creer que son las antenas para los nidos de las cigüeñas. Llegamos á un centenar de pasos; vemos á lo largo de un muro una faja de madera que parece bañada en sangre; mi amigo me dá á entender que está pintada de rojo. La casa es pequeña, está rodeada de una cerca; las puertas y las ventanas están cerradas. «No entre-

mos—digo yo—aún estamos á tiempo; en esa casa hay alguna brujería; cuidado con lo que hace, mire hacia arriba: yo no he visto nunca un cielo tan negro." Mi amigo no me hace caso; avanza valerosamente; yo lo sigo. En lugar de dirigirse á la puerta, toma por un boquete, sentimos á nuestras espaldas feroces ladridos de perros, echamos á correr, saltamos un pequeño muro y llamamos á una puerta. "¡Aún estamos á tiempo!"—exclamé—"Es tarde"—contesta mi amigo.—La puerta se abre, no hay nadie; subimos por una escalera de caracol, entramos en un aposento... ¡Oh dulce admiración! El solitario, el brujo, era un gallardo y alegre jóven, y la casa diabólica, una quinta llena de comodidades, caliente, magnífica, sibarítica; un verdadero palacio encantado, en el que nuestro huésped se recogía algunos meses del año para hacer estudios y experimentos con objeto de fertilizar las dunas. ¡Qué gusto daba ver aquel frio desierto desde una vidriera con cortinillas de listas y tiestos de flores! Entramos en el comedor y nos sentamos en torno de una mesa centelleante de plata y cristalería, sobre la cual, en medio de una corona de botellas blasonadas y doradas, humeaba un almuerzo de príncipes. La nieve batía contra los vidrios de las ventanas, se oía el lamento del mar, y el viento bramaba tan furioso alrededor de la casa, que parecia que estábamos en un buque, en lo más fuerte de una borrasca. Se brin-

dó por la fertilizacion de las dunas, por los vencedores de Atehin, por la prosperidad de las colonias, por la memoria de Nino Bixio, por... Pero aún me quedaba alguna inquietud. Nuestro huésped, para llamar al camarero, tocaba un resorte oculto; para advertir al cochero que preparase el carruaje, decia no sé qué palabras en un agujero de la pared; y estas cosas no me agradaban. "¡Tranquilíceme—le decia—dígame que esta casa existe realmente; prométame no darnos el chasco de hacerla desaparecer, dejando un hoyo en el suelo y olor de azufre en el aire! ¡Júreme que dice sus oraciones todas las noches!" No puedo contar la risa, la alegría y las conversaciones extravagantes que se sucedieron hasta bien entrada la noche, acompañadas del choque de los vasos y del fragor de la tempestad. Por fin llegó el momento de partir; bajamos y nos metimos en un carruaje que se lanzó á través del desierto. El suelo estaba todo cubierto de nieve; las dunas dibujaban sus blancos contornos sobre el cielo tenebroso; el coche corria sin hacer ruido entre mil figuras extrañas é indistintas, que se sucedian rápidamente á la luz del farol, y parecia que se transformaban la una en la otra; y en aquella espaciosa soledad reinaba un silencio fúnebre que impedía hablar. Despues de andar mucho, comenzamos á ver algunas casas; llegamos á un pueblo; atravesamos dos ó tres calles desiertas, formadas por

casas todas cubiertas de nieve, con alguna rara ventana iluminada, que dejaba ver sombras humanas, y por fin llegamos á una estacion del camino de hierro, desde la cual llegamos en pocos minutos á El Haya, con la ilusion de haber hecho un larguísimo viaje á través de un país fabuloso. ¿Lo diré? Si me pidiesen juramento de que en el momento que escribo estas líneas existe aún aquella casa en medio de las dunas, pediría diez minutos para pensarlo. Es verdad que su dueño tuvo la galantería de venir á saludarme á la estacion el día que salí de El Haya, y que mirándolo bien á la luz del sol no ví en él nada de particular; pero ¿quién no conoce los cambios, las simulaciones, los mil artificios de los!... En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ví tambien el invierno holandés, no como lo habia creído al salir de Italia, porque fué muy benigno, pero sí lo bastante fuerte para presentar á Holanda bajo el aspecto en que solemos figurárnosla nosotros, los del Mediodía de Europa.

Por la mañana, la primera cosa que salta á la vista en las calles blancas y silenciosas, son las innumerables huellas de zuecos, causadas por los chicos que van á la escuela, huellas que parecen de patas de elefante—tan grandes son los zuecos—y que por lo general están en línea recta, lo que demuestra que los muchachos van á la escuela por el camino más corto y sin hacer diabluras, como

buenos y aplicados holandeses. Se ven hileras de rapaces embozados en gruesos tapabocas, con la cabeza medio metida entre los hombros, cogidos del brazo dos á dos ó tres á tres, ó unidos en un grupo apretado como un manojo de espárragos, en el que no se distinguen más que las puntas de las narices y los cantos de los libros. Cuando han desaparecido los muchachos, quedan las calles desiertas algun tiempo, porque los holandeses, sobre todo en invierno, no tienen costumbre de levantarse muy temprano. Se puede andar un buen rato sin encontrar á nadie ni sentir el más ligero rumor. La nieve, en medio de aquellas casas coloradas, parece de una blancura más viva, y las casas, con todos los relieves marcados por una línea blanquísima, con las cabezas de muestra de las tiendas, que parecen empolvadas de blanco, con las cadenas de los tornarruedas que parecen festones de gasa, presentan un aspecto de los más extraños. En los días de hielo, cuando brilla el sol, en las fachadas brillan pajitas de plata; los hielos amontonados en las orillas de los canales lucen los colores del íris, y los árboles centellean de innumerables perlitas, como las plantas de los jardines encantados de las *Mil y una noches*. Entonces es hermoso pasear por el bosque de El Haya al ponerse el sol, sobre la nieve endurecida que cruje bajo nuestros piés como polvo de mármol, en medio de frondosas y blancas hayas que presentan